

“Mujeres al Borde: Las fotografías de la cárcel de Vida Yovanovich” /

Elizabeth Ferrer

En muchas de las fotografías de la serie de Vida Yovanovich sobre mujeres reclusas, se muestra a una sola mujer habitando el espacio fotográfico, con frecuencia absorta en pensamientos cargados de ansiedad o simplemente soportando la banalidad de un día más. Sin embargo, una de las imágenes más desoladas presenta a dos mujeres, sus cuerpos encajonados en la litera de concreto que comparten. La joven mujer recostada en la cama superior observa a la fotógrafa de frente, impasible ante su presencia. La otra ha alzado la mano a su mejilla, como queriendo expresar su desconsuelo por la situación en la que se encuentra. Son estas sensibilidades dispares lo que caracteriza a las mujeres representadas en este poderoso corpus. Por un lado están las mujeres que se someten decididamente a la penetrante mirada de la cámara. Algunas alardean sus cuerpos, presumiendo alguna llamativa prenda de vestir o miran a la cámara desafiadamente. Pero estas son las menos, son más aquellas que agachando la cabeza se cubren el rostro o hacen algún otro ademán que expresa la negación del ser. En la cárcel, condenadas por la sociedad y lo que es aún más doloroso, padeciendo el rechazo de sus familias, mantener un sentido firme de su propio valor se convierte, a lo más, en una débil propuesta.

Yovanovich ha dedicado gran parte de su obra a explorar la vida e identidad de la mujer. A finales de los noventa se dio cuenta que el tema de las mujeres presas la atraía irremediablemente, por lo que centró su atención en este. Yovanovich ha mencionado el haber reconocido la necesidad, en ese punto de su carrera fotográfica, de realizar este proyecto sin importar las dificultades que pudiera implicar. Como resultado de las sensibilidades con las que ha abordado sus obras anteriores –como artista y como humanista– es claro que este era un proyecto para el cual estaba idealmente preparada. Por convencimiento, trabaja lentamente y se involucra en las vidas de sus modelos, mucho antes de tomar una sola fotografía. Una vez dentro de las varias prisiones a las que tuvo acceso para la realización de esta serie, pasó tiempo acercándose a las mujeres, aprendiendo sobre sus antecedentes y sus familias y entendiendo las circunstancias y decisiones típicamente complejas que las orillaron a este punto en sus vidas. Como resultado de la cercana relación que Yovanovich entabló con ellas, las internas le permitieron capturar momentos verdaderamente

reveladores, produciendo obras que nos hablan de la mutua confianza que las mujeres y la fotógrafa desarrollaron.

Las imágenes que integran *Soledades Sonoras* también demuestran que el formato artístico que acostumbra Yovanovich, la fotografía en blanco y negro, 35mm es el adecuado para reflejar las realidades desoladas de la vida carcelaria. Circunstancialmente, el encuadre que delinea la lente de la cámara normal refleja la ineludible sensación de encierro que producen los espacios restringidos que habitan las prisioneras. En estas obras jamás se ven espacios abiertos, extensos y sólo en unas cuantas fotografías se permite que el cielo asome brevemente. Por necesidad, Yovanovich presenta a estas mujeres de cerca. De hecho, rara vez se pudo alejar lo suficiente de sus modelos como para hacer tomas de cuerpo entero. Los encuadres a menudo están saturados y, con frecuencia, las literas, que son sus únicos espacios personales, son el punto dominante. En algunas de las imágenes los rostros de las prisioneras son sólo visibles a medias, oscurecidos por las sombras y por la luz lóbrega que ilumina sus espacios claustrofóbicos. Más intensamente, los muestra enmarcados de hecho por barrotes, sus cuerpos fragmentados y sus rostros atravesados por sombras. Este tipo de representación hace que estas fotografías resulten metáforas adecuadas para la doble condición que definen sus vidas: la marginalización y la enajenación.

Tal y como lo reflejan las fotografías de Yovanovich, las mujeres se acostumbran a tener poco. La vida material se limita a lo esencial: un colchón o litera, unas cuantas prendas de vestir y una pequeña mesa o repisa para almacenar los objetos personales. Sus celdas, si es que incluyen decoración alguna, son imágenes de Jesucristo o de la Virgen María y, muy de vez en cuando, carteles con hombres musculosos. De hecho, parece que las mujeres no pueden o no quieren infundirle ni siquiera un mediano calor de hogar a su austero entorno. Sin embargo, algunas de estas mujeres, especialmente las más jóvenes, han convertido sus cuerpos en sitios de adorno y expresión creativa. Se descubren el estómago y los senos con gran libertad, revelando tatuajes de aves u otros animales o la inicial del nombre de sus seres queridos. Una mujer se baja la camisa para mostrar una oscura telaraña que engalana un seno, otra muestra un gran sol que irradia alrededor de su ombligo. Para estas mujeres, el tatuaje se convierte en una forma de distinguirse en la única esfera que verdaderamente les pertenece, el de afirmar visualmente su diferencia e

individualidad.

La constante preocupación con el cuerpo que repetidamente se ve en estas fotografías sugiere un tema más amplio, la franca sexualidad que permea la vida cotidiana de las mujeres prisioneras. Con poco que hacer, sin ningún lugar a dónde ir, las mujeres frecuentemente están a medio vestir. Algunas exhiben sus cuerpos o muestran alguna prenda de ropa interior, como para usar uno de los pocos medios disponibles que tienen para expresar su feminidad. Varias denotan su desinhibido interés en el cuerpo físico, ya sea el propio o el de otras. Las mujeres le muestran los senos a la fotógrafa, posan provocadoramente en ropa interior de encaje, o con el pantalón a media pierna. En varias de las imágenes, Yovanovich muestra momentos furtivos de intimidad entre las mujeres, sugiriendo relaciones de mutuo consuelo y apoyo. Sin embargo, ella habla sobre los feroces celos que típicamente caracterizan este tipo de relaciones. Finalmente, la vida de una pareja en el encierro puede ofrecer casi tanta soledad como la de una mujer que opta por vivir en su soledad.

Estas fotografías revelan que las vidas de las mujeres a veces son humillantes, en ocasiones solitarias y otras tantas monótonas. De entre todas las imágenes, por las emociones que revelan, las más impactantes son las de acercamientos a los rostros. Muchas de las modelos de Yovanovich parecen tener un aire de agotamiento a pesar de la escasa actividad que ocupan sus vidas (1). Si bien algunas miran directamente a la cámara sin expresión alguna (mostrando simultáneamente todo y nada), a otras parece que la cámara hace que se les disparen las más profundas emociones, como si una sola expresión pudiera resumir la calidad abyecta de sus vidas. Entre las mujeres mayores en particular, los rostros revelan menos el dolor agudo de la furia y la pérdida, que psiques embotadas por años de constante aislamiento e impotencia.

Al conceptualizar este corpus, Yovanovich quiso que sus modelos asumieran un papel activo en su propia representación, esto es evidente en las fotografías. Interactuaron o no directamente con la cámara, estaban plenamente conscientes de su presencia, aceptaron que se les fotografiara y contribuyeron, de una manera u otra, a la forma en la que iban a ser representadas. Los testimonios orales que libremente acompañan estas fotografías, son un aspecto fundamental de este proyecto, y le da a las mujeres un nivel aún más directo de auto-representación. Temprano en el proyecto Yovanovich se dio cuenta que muchas de las mujeres estaban ávidas por compartir con ella sus historias. Finalmente recolectó cientos de horas de grabación que dan fe a

una historia tras otra de alcoholismo, drogadicción, familias rotas, maridos violentos e hijos abandonados. Las mujeres también hablan de sus perspectivas sobre la vida.

¡No voy a aceptar que soy basura...no lo soy ¿Sabes lo que soy? Soy como una mariposa, solo que en este momento, por alguna razón, sucede que está encerrada, pero pronto, muy pronto volará. (2)

Y otra:

Sí, llegó el límite de que, yo decía que cómo yo me había dejado sobajar y pisotear tanto de ese hombre. Y le fui agarrando odio, resentimiento o no sé qué... no sé ni qué me pasó que perdí el control y lo hice y hasta no verlo muerto no paré de darle. Es muy feo cargar con un muerto.... es muy feo. Sí me arrepiento ahora. (3)

Estas historias llevaron a Yovanovich a presentar *Soledades Sonoras* utilizando un formato de instalación que combina imágenes y testimonios hablados. Es significativo que las voces que inundan el espacio de exhibición sean las de las mujeres mismas. Como se vive en la instalación, las voces no narran imágenes específicas, más bien existen en forma paralela para ilustrar los diversos aspectos de historias complejas (4). Al escuchar a las mujeres hablar, lo más impactante es el sentido de circularidad que transmiten, de ciclos de pobreza, violencia y adicciones que transitan de una generación a la próxima con una feroz inevitabilidad.

Y ... la verdad, mis papas se encuentran en reclusorios, y pues paso a verlos, ¿no? y pues es muy difícil, ¿no? El tener a toda mi familia aquí adentro ...y le estoy echando todas las ganas que puedo, quiero lograr salir de este lugar y ayudarlos a ellos, ¿no? Creo que no escarmentaron en cabeza ajena, quisieron escarmentarlo en cabeza propia porque pues la verdad, mi familia toda es adicta, no? (5)

Al hablar sobre esta obra, Yovanovich apunta que su principal objetivo no es documentar la vida de la mujer en prisión, sino que esta serie es parte de un proyecto más amplio, el de fotografiar a la mujer a pesar de circunstancia específica. Este punto se entiende más claramente cuando uno observa su obra a lo largo de las

últimas dos décadas. A mediados de los ochentas empezó un corpus de fotografías que culminó en 1997 con la publicación de *Cárcel de los Sueños*. La mayor parte de este libro está dedicado a la valiente representación que Yovanovich realiza de mujeres frágiles y ancianas, al final de sus vidas. Las fotografió dentro de los confines de un asilo, en donde, atrapadas en cuerpos casi inútiles y finalmente perdidas en sus propios pensamientos y recuerdos, pasan sus días lentamente. Yovanovich dedicó las últimas páginas del libro a una serie de autorretratos de calidad onírica, tomados en el mismo asilo, y haciendo que sus reflexiones sobre la vejez se convirtieran en una confrontación directa de la artista con su propia mortalidad. En otras series de trabajos ha fotografiado a niñas, madres y mujeres en las más diversas etapas de la vida. La misma Yovanovich señala que su obra está permeada por representaciones de abandono, encierro y el paso del tiempo, temas que logran su apogeo en este estudio sobre la mujer en reclusión.

El interés general de Yovanovich al representar a estas mujeres denota una propuesta creativa que va más allá de la documentación tradicional. Si bien *Soledades Sonoras* nos muestra numerosas escenas que detallan la vida institucionalizada, su objetivo primario no es narrar historias, ni reunir hechos que ilustren objetivamente este aspecto de la sociedad. La motivación más profunda de Yovanovich es evocar la esencia de los individuos que ha llegado a conocer, para iluminar el carácter de su humanidad. Estas imágenes reflejan una relación intensa y llena de confianza entre la fotógrafa y sus modelos, una en la que la cámara se convierte en un prodigioso testigo de un ámbito que por lo general se sensacionaliza y con más frecuencia sencillamente se ignora. El don de la artista es extender esa relación hasta incluir al espectador. Pero al hacerlo, Yovanovich nos niega la posibilidad de permanecer neutrales. En última instancia debemos decidir si vemos al que se encuentra en prisión como algo ajeno y externo a nuestra realidad o si identificamos algo de nosotros mismos en las figuras que encarnan la vida en sus momentos más precarios, más vulnerables.

Notas

1 Sólo un pequeño porcentaje de las presas tiene trabajos en la prisión que pagan salarios extremadamente bajos. Algunas mujeres tejen y producen otros

tipos de artesanía que tratan de venderle a la gente que viene de fuera y unas cuantas, especialmente aquellas en prisiones urbanas, participan en programas educativos. El resto ocupa su vida en quehaceres personales y simplemente pasando el tiempo.

2 Dicho por Rocío, de 35 años y con una sentencia de 12 años. Yovanovich desea proteger las identidades de las mujeres que hablan, por lo que aquí sólo se dan los nombres de pila.

3 Expresado por Refugio, que al ser entrevistada por Yovanovich aún no había sido sentenciada.

4 En la instalación, tanto las imágenes y la grabación de sonido están presentes en *loops* al azar. Los visitantes que entran el espacio de proyección en determinado momento verán distintos juegos de fotografías proyectadas sobre el muro y escucharán diferentes selecciones de los testimonios.

5 Expresado por Tea, de 23 años y con una sentencia de seis.

FERRER, Elizabeth. "Mujeres al Borde: Las fotografías de la cárcel de Vida Yovanovich" (texto para el catálogo de la exposición) trad. Monica Mayer, 2004.